

La Liria

LITERATURA · SPORT

2ª EPOCA



ARIES
1894

DÍAS MARZO

- 1 J. Sto. Angel de la Guarda.
- 2 V. S. Simplicio y S. Pablo.
- 3 S. Sts. Eusebio y Marino.
- 4 **D. IV de Cma.** — S. Cayo.
- 5 L. Sts. Eusebio y Teófilo.
- 6 M. Sts. Victor y Victorino.
- 7 M. Sto. Tomás de Aquino.
- 8 J. Sts. Cirilo y Urbano.
- 9 V. Sta. Francisca.
- 10 S. Stos. Melitón y Macario.
- 11 **D. de Pasión.** — S. Eudocio.
- 12 L. S. Gregorio el Magno.
- 13 M. S. Leandro, arzobispo.
- 14 M. La tr. de Sta. Florentina.
- 15 J. Sts. Raimundo y Melitón.
- 16 V. **de Dolores.** — S. Ciriaco.
- 17 S. S. José de Arimatea.
- 18 **D. de Ramos.** — S. Anselmo.
- 19 L. **Santo. S. José.**
- 20 M. **Santo.** Sta. Eufemia.
- 21 M. **Santo.** S. Benito.
- 22 J. **Santo.** S. Docegracias.
- 23 V. **Santo.** S. Fidel.
- 24 S. **Santo.** S. Segundo.
- 25 **D. de P. de R. La Anunciacion de Ntra. Sra.**
- 26 L. Sts. Brulio y Teodosio.
- 27 M. Sts. Ruperto y Juan.
- 28 M. Sts. Castor y Doroteo.
- 29 J. Sts. Jorás y Pastor.
- 30 V. S. Juan Clunaco.
- 31 S. Sta. Baibira y S. Amós.

NÚMERO CORRIENTE
20 CÉNTIMOS

LA LIDIA

NÚMERO ATRASADO
30 CÉNTIMOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID..... Trimestre 2'50 Pts.
PROVINCIAS Y PORTUGAL " 3 "
EXTRANJERO..... Año..... 15 "

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

EDITOR PROPIETARIO
JULIÁN PALACIOS
ARENAL, 27, LITOGRAFÍA.—MADRID

PRECIO PARA LA VENTA

Mano de 25 ejemplares... 3'75 Ptas.

El pago de los paquetes lo verificarán por adelantado los corresponsales que no tengan referencias en la Administración.

AL PÚBLICO

En el último número del mes de Diciembre, publicamos una advertencia de la que reproducimos el párrafo que sigue:

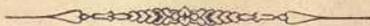
«Con el presente número termina la publicación de LA LIDIA en la forma en que ha venido verificándolo durante el período de doce años, con un éxito jamás desmentido y menos frecuente en nuestro país. Anunciado este suceso desde el número primero del año que finaliza, muchos de nuestros constantes favorecedores han creído que LA LIDIA desaparecía en absoluto de la arena periodística, manifestándonos con tal motivo un verdadero sentimiento, é incitándonos á que desistiéramos de nuestra idea. Agradeciéndoles con toda el alma su interés, debemos manifestar que nunca entró en nuestros propósitos la completa desaparición del periódico, pero sí la transformación, aumentando su tamaño y el número de sus páginas, ilustrándole mucho más profusamente, y ensanchando á la vez el cuadro de sus materias y la cantidad de su lectura. Muestra daríamos de ingratitud notoria, si al realizar estas reformas, renunciáramos al título que tantas y tan gloriosas campañas representa; por lo cual, lo conservaremos como hasta aquí, si bien indicando en la cabeza del número la nueva época y las nuevas tendencias del periódico.»

Vencidas hoy algunas dificultades de carácter material, y en vías de serlo otras, damos comienzo con el presente número á la nueva época de LA LIDIA.

Deseosos de hacer que la lectura de nuestro semanario sea interesante á todas las clases, hemos procurado y obtenido la colaboración de muy distinguidos literatos, que compartiendo los trabajos de la antigua Redacción, contribuirán con su autoridad y competencia á retratar el movimiento artístico y literario en amena forma, y trazarán festivos cuadros de costumbres, sin que la crítica salve nunca los respetos que merecen las personas aludidas, ni el que justamente debe tenerse al lector. La mayoría de los trabajos literarios aparecerá ilustrada por hábiles dibujantes, con láminas y viñetas en negro y colores, abiertas por los procedimientos artísticos más perfectos.

Respecto á la forma del número, hemos adoptado la más generalizada en los periódicos extranjeros que guardan analogía con el nuestro, y cuya bondad patentiza el hecho de haber sido imitada también por otros periódicos españoles de justa reputación. Nuestro número constará, por lo tanto, de doce páginas al menos de texto y grabados, y cuatro de cubierta, á fin de que los anuncios no priven de lectura, cosido y cortado para su más fácil lectura en el momento y posterior encuadernación.

Del papel, tipografía é ilustración, puede formarse idea por el presente número, aunque declarando que no hemos de omitir ningún esfuerzo para mejorar de día en día la publicación, hasta llegar á la perfección á que aspiramos y á que confiamos llegar, si el público sigue dispensándonos como hasta aquí su valioso apoyo.



LA LIDIA

Revista semanal ilustrada.

AÑO XIII.

MADRID, 25 DE MARZO DE 1894.

NÚM. 1.º



SOLEDAD (Acuarela de Huertas.)

COCHE PARADO

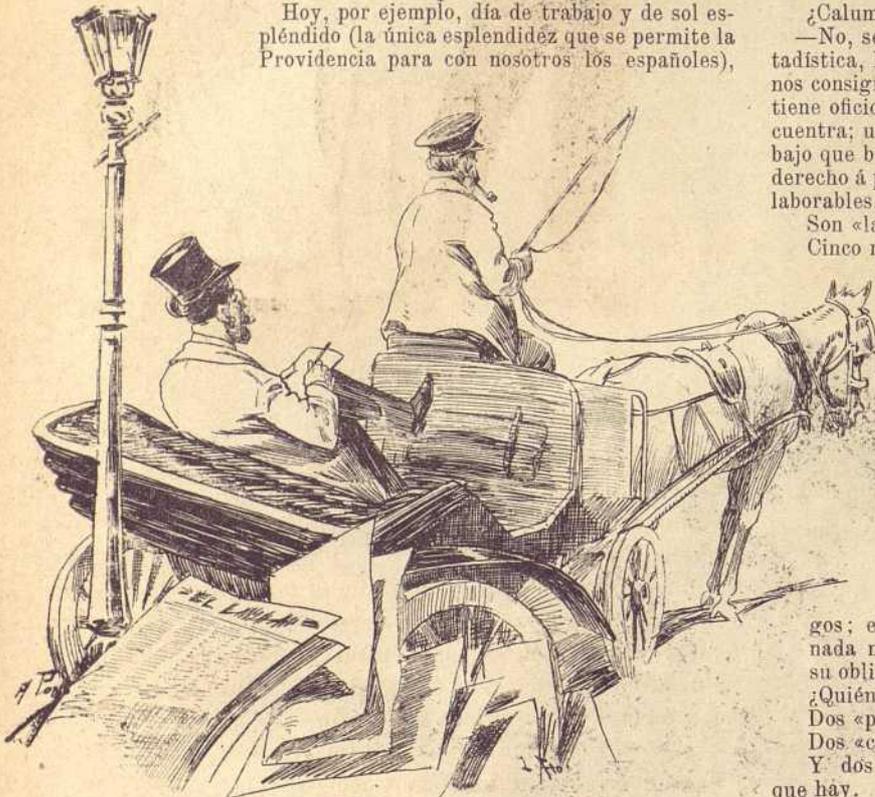
CRÓNICAS AL AIRE LIBRE

¿Qué sería de nosotros, pobrecitos y asendereados cronistas, cuando no sabemos de qué, por qué y sobre qué escribir, si no existiera ese peregrino y único «socorro de los mantos» que se llama la Estadística?

Digo de ella lo que Voltaire dijo de Dios. Si no existiese, habría que inventarla.

¡Oh Santa Estadística! ¡Bendita seas y alabada por los siglos de los siglos! Será tu nombre—según dicen los que no te comprenden—sinónimo de Inutilidad; pero tus aplicaciones son para mí las más útiles que conozco.

Hoy, por ejemplo, día de trabajo y de sol espléndido (la única esplendidez que se permite la Providencia para con nosotros los españoles),



tomo mi *manuela*, la sitúo en aquella esquina de Madrid donde más propicio asunto se me ofrezca para mis apuntes *á coche parado*, y mientras contemplo el vaivén de la alegre y regocijada muchedumbre, busco un punto de vista para trazar mi crónica *al aire libre*, y lo encuentro cabalmente en el día, en el sol, en la muchedumbre y en mí mismo. ¿Día de trabajo, y las calles llenas de paseantes á las mejores horas de trabajar?.... Convengamos en que esta es la población más desocupada y despreocupada de Europa. Convengamos también—y al diablo la modestia—en que aquí, «en este punto y hora», el único que al parecer se ocupa y precupa de trabajar, soy yo.... ¡Yo que padezco de *holgazanitis* crónica!

Pero no basta un punto de vista para hilvanar una de estas «charlas íntimas». Hace falta también un punto de apoyo. Y ése—aquí—de la sacrosanta Estadística y sus socórrros—me lo depara un sueltécito que leí en un periódico francés acerca de los días laborables.

Según una estadística general recientemente publicada en Alemania, los rusos trabajan 267 días al año, los ingleses 278, los españoles 290, los austríacos 295, los italianos 298, los bá-

varos 300, los sajones y los franceses 302, los suízos, dinamarqueses y noruegos 303, los prusianos 305, los holandeses y los americanos del Norte 308, y, finalmente, los húngaros, que de los 365 días del año, dedican al trabajo 312.

Ya lo saben ustedes: el español trabaja más días al año que el inglés.

Eso es querer calumniar,

como cantan en la zarzuela *Robinson*.

¿Calumniar á los ingleses?

—No, señor; á los españoles.—Un país donde, según otra estadística, la mitad de los habitantes no tienen profesión, al menos consignada en el censo; un país donde la otra mitad, la que tiene oficio, se pasa la vida buscando trabajo y rara vez lo encuentra; un país donde esa mitad laboriosa, cuando halla el trabajo que busca, lo deja para irse á tomar el sol, un país así tiene derecho á protestar contra esa ridícula acusación de los 290 días laborables.

Son «laborables» en el calendario; pero en la realidad, no.

Cinco minutos llevo en esta esquina (señalen ustedes la más concurrida de las esquinas callejeras de Madrid), y he visto desfilas treinta personas conocidas.

¿Cuántas y cuáles se dirigían hacia una ocupación determinada?

Siete señoras solamente, y eso porque hasta el salir á ver y el ser vistas, es en las señoras «ocupación propia de su sexo».

Los otros veintitrés individuos de mi cuenta, todos están de riguroso *flaneo*, y de todos me consta que tienen abandonado su despacho, su tienda, su estudio, su taller: uno de esos sitios, en fin, que por lo común sólo sirven al español para «probar la coartada» del trabajo.

Pero.... no; no todos los que pasan son va-mismo mismo instante veo seis transeúntes—¡seis nada menos!—que se encaminan presurosos á cumplir con su obligación.

¿Quiénes son?

Dos «pelotaris» que van hacia *Jai-Alai*.

Dos «corredores» que van hacia *Euskal-Jai*.

Y dos «talladores» que van á una timba de las muchas que háy.

Para estos españoles modelo, únicos en su clase, son laborables los 365 días del año.

Para los restantes, los de más trabajo vienen á ser los días festivos.

Hay que ir á misa y á los toros.

Y como en esos días tienen ocupación fija, además de los trabajadores susodichos, los toreros y los curas, resulta que la estadística alemana debe interpretarse, por lo que toca á España, volviendo las cifras del revés: 290 días de paseo y 75 de trabajo.

Ni puede ser de otra manera. ¿Quién trabaja encerrado en su taller, en su estudio, en su tienda, en su oficina, cuando nos favorece Dios con todas las caricias de la temperatura primaveral? Rechazar tales dones, sería ofender al Omnipotente.

Parodiando al poeta, podemos decir que

en días como estos, holgar es orar.

Así, pues, ¡OREMUS!

MARIANO DE CÁVIA.

APRENDE DE MI

CONSEJOS Á UN AMIGO

Refrena tus instintos pecaminosos,
y evitando recelos, siempre enojosos,
cesa ya en tus bromitas con la Isidora,
mientras esté al servicio de tu señora.

Mira que el novio que ella tiene en Trujillo
es más bruto que el otro que tiene en Trillo,
y el de Trillo es tan bruto como el de Oviedo,
que de bruto á sí mismo se tiene miedo.

He visto ayer muy clara tu mala idea.
Cuando sirvió el almuerzo tu Dulcinea,
al pasar á tu lado con una fuente
la miraste de un modo poco decente,
y la diste en el codo como al descuido
y la hiciste cosquillas..... en el vestido.

¿Á qué viene ese juego y esas miradas
y esas cosas tan poco disimuladas,
valido de que tienes una costilla
candorosa y buenaza la pobrecilla?

Si al entrar en tu casa tras la Isidora,
un día sorprendieras á tu señora
jugando al escondite con el casero,
ó tirando pellizcos al panadero,
¿no la deslomarías de un estacazo?
Pues aplicátele el cuento, picaronazo.

¿Que de ello la Isidora la culpa tiene,
y que el más santo al verla no se contiene,
porque es linda y hermosa como un lucero,
y en cuanto á generosa no tiene pero?

Pues tampoco lo tiene la que hoy me guisa,
y me lava, y me plancha, y hasta me sisa;
pero yo soy juicioso, querido amigo,
y evitando disgustos, no la persigo.



No quiero trapisondas dentro de casa,
y eso que estoy chiflado por mi Tomasa,
como también lo estuve por la Ruperta,
por la Rita, y la Carmen, y la Mamerta.

Mas como tengo á gala ser buen marido,
me contengo y las trato como es debido.
¿Por qué á mí me respeta la servidumbre?
Porque nunca me han visto junto á la lumbre,
y á formal á cualquiera le desafío.

¿Que alguna me camela? Pues armo un lío;
hago que la despida mi cara esposa,
y fuera de la casa..... ya es otra cosa.

.....
Esto dijo á un amigo Don Segismundo.
¡Dios mío de mi alma, cómo está el mundo!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DE REFILÓN

I

Dice un cartel que se fija
en la calle del Espejo:
«Toros de Colmenar Viejo.
Matadores: Lagartija,
Gallo, Lobito y Conejo».

Y uno que el anuncio ve,
asi murmura en seguida:
—Aseguro por mi fe,
que eso no es una corrida,
sino el arca de Noé.

II

Entre la grey novillera
que surge continuamente,
toreó en la Primavera,
dando muestras de valiente,
el Madera ó el Maera.

No estuvo el chico acertado,
por lo que un aficionado
de los que á todo maldicen,
gritó entre guasón y airado:
—¡Maera..... que te barnicen!

III

Se lidió en cierta ocasión
y de Madrid en la Plaza,
un toro de buena raza,
pero colín ó rabón.

Y viéndole, con afán
una chula mi vecina,
le decia á Juan Molina:
—Anda, coleale, Juan.

M. DEL TODO Y HERRERO.



La última corrida de Frascuelo.

El día anterior, 11 de Mayo de 1890, había soplado un Noroeste frescachón, acompañado de chubascos frecuentes.

Un cuarto de hora antes de la fijada para que comenzara la función, Salvador estaba en la Plaza, reconocía el piso, y convencido de que no permitía una lidia normal, suspendía la corrida de toros.

Estuve en casa de Frascuelo, le ví marcharse con su cuadrilla y volver á la media hora, inquieto, sombrío, de mal humor, porque la suspensión había disgustado á una parte del público.

Se quitó el traje grana y oro que vestía, y poco después salió de su cuarto, llevando en la mano dos anónimos que me entregó y conservo.

Había recibido el primero el día anterior, el segundo aquella misma mañana. En aquél lo ponían en las nubes, y se despedían con frases entusiastas y cariñosísimas *los buenos aficionados que le adoran*, según la firma rezaba.

El segundo era un escrito imbécil, en el cual se llamaba á Frascuelo *charrán*.

Los anónimos le habían perseguido encarnizadamente durante su azarosa carrera, insultándole unos, ensalzándole otros, y venían á dar su nota característica, nota de ardientes entusiasmos y de odios implacables, en los instantes de la última hora, en las solemnidades del postrer adiós.

El día siguiente, 12, mientras los aficionados corrían en tropel á la Plaza de Toros, en medio de una animación, de una algazara indescriptibles, yo, que había formado el firme propósito de no asistir á los funerales artísticos de Salvador Sánchez, me dirigí como el día anterior al domicilio de Frascuelo, atraído por la nota del sentimiento, dispuesto á presenciar su última *toilette*, y á acompañar á la familia durante la ausencia del incomparable matador.

¡Lo habían traído tantas veces herido! ¡Habíase despedido de los suyos tantas veces, alegre como unas Pascuas, y marchándose á la Plaza de Toros como á una romería, y había vuelto en una camilla, con el traje y la piel agujereados y manchados de sangre!.....

La hora fijada para la corrida era la de las cuatro. Llegué á la plaza de Santo Domingo, 18, á las dos y media.

Lo mismo que la víspera, Salvador se había echado después de almorzar, dando orden de que lo despertaran á las tres.

Á esa hora entramos en la alcoba la mujer del diestro y yo, y allí, en una cama inmensa, le ví *profundamente dormido*, y lo despertamos.

Se levantó, púsose un pantalón y una chaqueta, cubrióse los pies desnudos con unas zapatillas, y salió desde la alcoba al gabinete, una estancia coquetona, con piano, tocador, armario de luna y chimenea, encima de la cual se amontonaba multitud de chirimbolos.

Se sentó en seguida enfrente del tocador, silencioso, mustio, como soñoliento. Los demás callamos atemorizados por aquel medio ambiente que tenía algo de solemne y triste, que cortaba la palabra y oprimía el corazón.

De vez en cuando llegaban hasta nosotros los agudos chillidos de la turba, que comenzaba á invadir la casa. Y las explosiones de aquella granjería ansiosa de ver salir al matador y de aclamarlo por vez postrera, penetraban llenas de descoco, sonando á bateo, en el gabinete, y rasgaban sus penumbras como vivísimo rayo de luz.

Eran las tres y cuarto cuando el tocado del diestro ¡el último tocado! comenzó. La esposa de Salvador le hizo la coleta, trenzando con sumo cuidado aquel pelo rizado y abundante, en que ya blanqueaban las canas.

Lavóse en seguida la cara Frascuelo, y se peinó; después, en calzoncillos y almilla, se puso las medias blancas de hilo, que con las cintas de los calzoncillos ató fuertemente; luego, sobre aquéllas, las de seda, color carne, y en seguida las zapatillas de torear.

Inmediatamente vistióse los calzones grana y oro é hizo el doble nudo en los cordones para sujetar las segundas medias; hecho lo cual se levantó de la silla y se puso una camisa sencilla, ató los tirantes y se colocó la moña.

La cuadrilla de Salvador llegó en aquel instante, y saludó al jefe, que salió del gabinete y pasó á la sala, donde se ciñó la faja, una faja mitad blanca, mitad azul, que sujetada fuertemente por un criado, y girando sobre sí mismo el matador, quedó apretadísima en la cintura.

Enganchó entonces la punta de la faja en el tirante izquierdo, se vistió el chaleco y la chaquetilla, echóse al hombro el capote de paseo, besó con efusión á su hijo y á sus dos hijas, y salió acompañado de la cuadrilla y varios amigos.

Nos atalanzamos al balcón. Una multitud de chicuelos, de hombres y de mujeres de pueblo, invadía la acera y cercaba el landó. Subió Salvador, oyóse en la plazuela un formidable estallido de voces, de vivas, de gritos; partió el coche, seguido por aquella muchedumbre compacta, y desapareció en seguida por la esquina de la calle de Preciados.

Un momento después la plazuela de Santo Domingo había recobrado su aspecto normal.

Quedamos solos en la casa la familia de Frascuelo y yo. Parecía vacía completamente, sola, triste, inundada de tinieblas.

Nos dirigimos á la capilla, y allí, ante la imagen de la Virgen de la Soledad, resplandeciente, allí, ante la Madre del Salvador, espléndidamente iluminada, doblamos la rodilla todos y elevamos nuestras plegarias fervientes para que el valiente diestro salvara aquellas tres horas de mortal angustia, que habían de traer para siempre la tranquilidad del hogar.

Aquel por quien rogábamos estaba en la Plaza de Toros, ante catorce mil almas que invadían el Circo, bañadas de sol, ébrias de alegría, deseosas de aclamar al matador maravilloso que durante veinticinco años había hecho en aquella arena, más de una vez tinta en su sangre, despilfarro inverosímil de vergüenza torera, de arrojo y de temeridad.

Iba á despedirse, iba á torear por postrera vez en la Plaza de la corte, su Plaza idolatrada, teatro de hazañas inolvidables, calvario del hombre y pedestal de la gloria del torero.

¡La Plaza de Madrid! Era en verdad y fué siempre, la amante de Frascuelo, tanto más querida cuanto eran mayores las infidelidades que cometía al bravo matador.

Cuando se separaba de ella — y alguna vez lo hizo por mi consejo — la nostalgia se apoderaba del torero y no le dejaba vivir. Quería volver siempre, volver á luchar, volver á sufrir, porque su temperamento loco le atraía hacia las conquistas difíciles, y lo entregaba á los toros en un desquiciamiento insensato del amor propio, en un deseo inacabable del más allá.

Los triunfos de provincias le halagaban, sobre todo los de Sevilla, Valencia, Bilbao y San Sebastián; pero le sonaban á hueco.

Echaba de menos las grandes injusticias madrileñas; la guerra sin cuartel de los lagartijistas en la Plaza y en la prensa, todo aquel rumor imponente de batalla que le espoleaba el ánimo y enardecía el corazón.

Allí había conquistado palmo á palmo el trono de matador de toros; allí luchado cara á cara y frente á frente con su implacable rival; allí había impuesto la verdad, haciéndola brillar rodeada de dieciséis cicatrices; y allí volvía siempre, porque en el atropellado prurito de lucha que le dominaba, morir en la Plaza, peleando, hubiera sido gozar.

Y mientras él jugaba la última carta; mientras se celebraban los funerales del torero en el gran Coso donde el entusiasmo popular se desahogaba en ruidosas ovaciones, nosotros estábamos en la capilla, arrodillados ante la Virgen, con los ojos en el suelo, en un recogimiento fúnebre, unidos tiernamente por la oración.

Salimos de la capilla y transcurrieron dos horas en una tensión nerviosa que no nos dejaba prolongar ninguna conversación. Calculábamos lo que ocurriría en la Plaza.

— Ahora habrá matado el segundo toro; el primero se lo habrá cedido á Lagartijillo, á quien da la alternativa. Ahora estará en el tercero; dos seguidos. Cuando mate el quinto vendrán noticias. ¿Le pasará algo?

Y volvíamos á la capilla maquinalmente, como á un refugio, y nos arrodillábamos de nuevo, y de nuevo fijábamos los ojos en la santa imagen, pidiéndole con el alma que trajese ileso á Salvador.

De pronto llamaron á la puerta y corrimos locos á abrir. Era un amigo leal que llegaba desalado, jadeante, con el semblante lleno de alegría, á pie desde la Plaza de Toros.

— ¡Ya ha matado el último! ¡Un buey! ¡De una hasta la mano! ¡Un poco caída! ¡No lo merecía el manso! ¡Gran ovación!

El hombre balbuceaba más que hablaba, en entrecortadas frases, sudando, tembloroso, lleno de júbilo por ser el primero en comunicar la nueva feliz.

Lo rodeamos todos, lo abrazamos y le hicimos contar punto por punto la corrida....

— ¡El coche!

Me quedé solo, solísimo en la sala; la mujer, los hijos, el amigo, todos apretaron á correr, bajaron las escaleras y aparecieron al poco rato rodeando á Salvador, riendo, llorando, besándole, locos de felicidad.

Llegó sereno, con aire más bien reservado y triste, el capote plegado en el hombro derecho y ostentando como siempre su característica rigidez.

Nos abrazamos fuertemente sin pronunciar una palabra, y el desfile de amigos empezó. Venían en tropel, le felicitaban ardientemente en frases cariñosas y conmovedoras, y él las oía imperturbable, dando las gracias sin énfasis, con áspera sencillez.

De repente entró en la sala un hombre de unos cincuenta y tantos años, alto, seco, con la cara curtida por el sol, un hombre del campo vestido de paño burdo y con un inmenso paviero en la cabeza.

¡ En cuanto vió á Frascuelo, abrió los brazos, se arrojó materialmente sobre él, y diciendo con indefinible acento ¡Salvador! comenzó á besarle, sollozando, anegándolo en lágrimas.

Miré á Frascuelo. Se mordió los labios, abrazó desesperadamente á aquel hombre, le oí balbucear algunas palabras, y vi que cerraba con furia los ojos para enjugarse sin duda la humedad.

— ¡Gracias á Dios que siquiera una vez en mi vida le he visto á usted emocionado! — dije á Frascuelo.

Me dirigió entonces una mirada indefinible, y murmurando— ¡es verdad! — volvió hacia el hombre, que continuaba sollozando como una criatura.

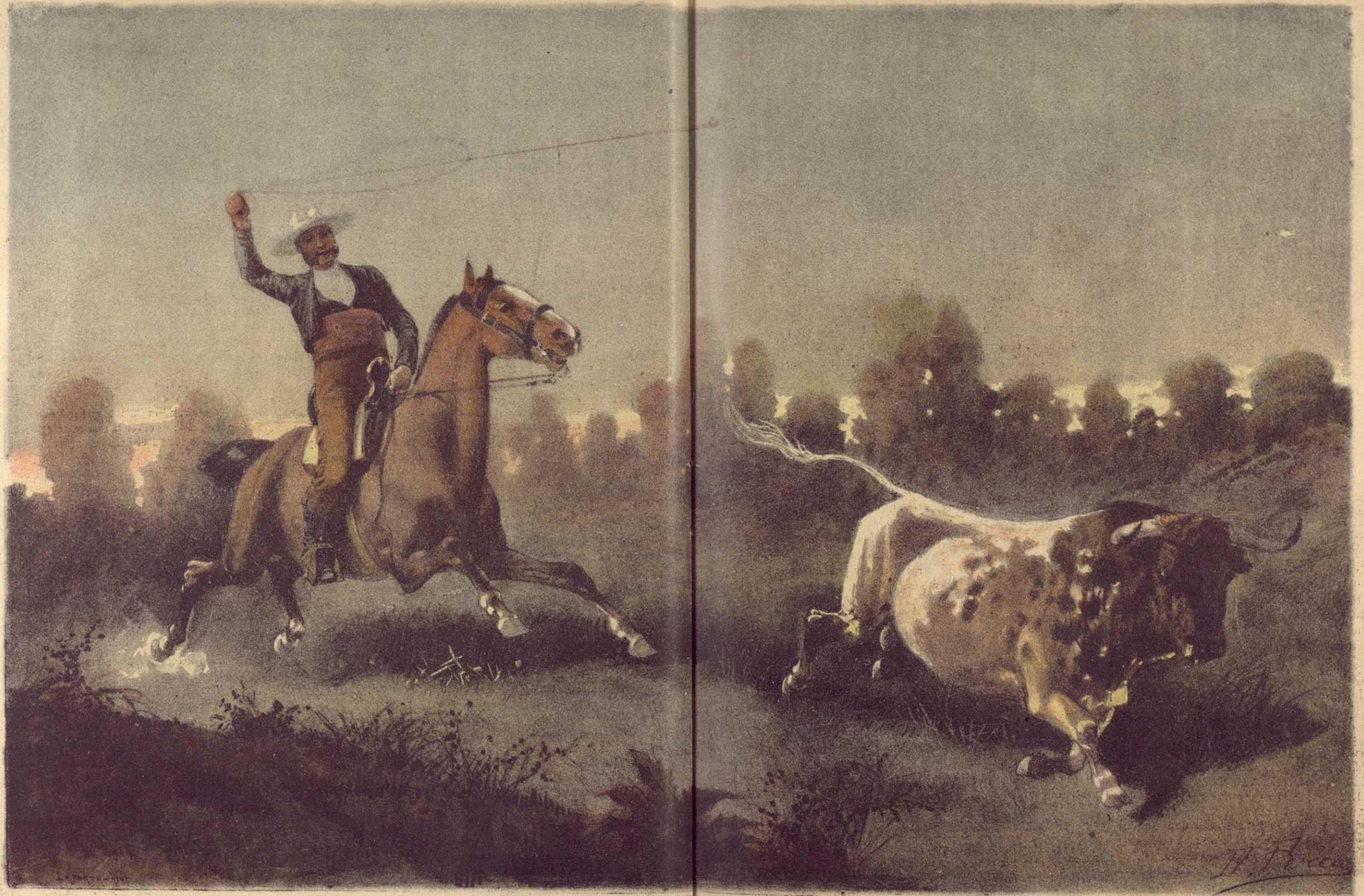
Pregunté quién era; me contestaron que un guarda de la posesión de Salvador; volví á abrazar á éste, salí de la casa, y supe al día siguiente por *La Correspondencia* que, en el testamento taurino, Frascuelo me legaba la montería con que había toreado la última corrida.

Este es el recuerdo indeleble que conservo de la despedida de Salvador. Desde entonces me acuerdo muchas veces de la capilla particular del diestro, en que rezamos durante la última corrida, y por asociación de ideas tengo en la memoria la capilla de la Plaza de Toros, en la que vi con tanta frecuencia entrar á Frascuelo y saludar á la Virgen, diciéndole sencillamente, con acento filial:

— ¡Buenas tardes, Madre mía!

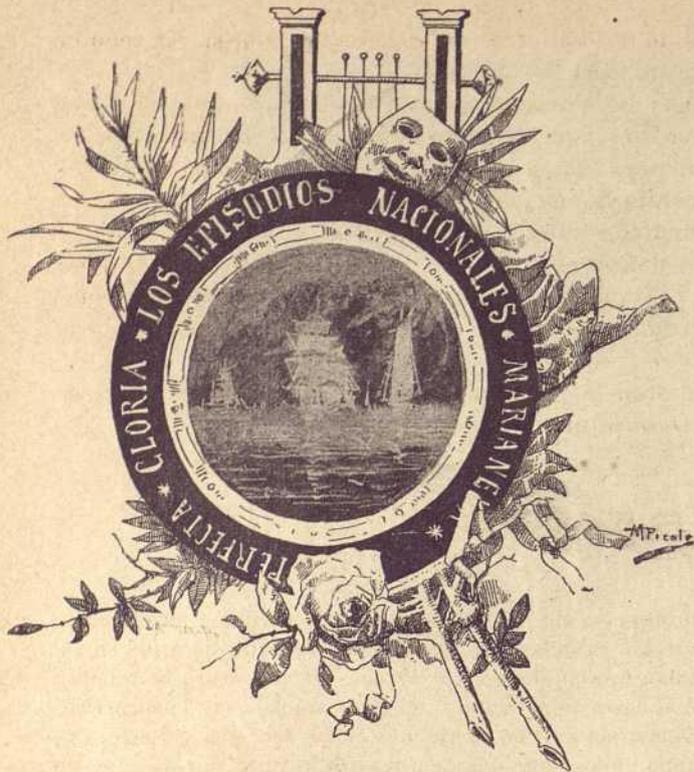
Yo, que también toreo con la pluma, se lo digo ahora de vez en cuando á la Virgen de la Soledad.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.



ENLAZAR EN CAMPO ABIERTO. (DIBUJO DE DANIEL PEREA.)

FALSOS TESTIMONIOS



Estaba figurándomelo; si no podía suceder otra cosa.

Cuando ví, con interior satisfacción, el hermoso, el envidiable éxito que lograba en el teatro de la Comedia la obra titulada *La de San Quintín*, dije para mi sayo — es un decir, porque yo nunca he tenido sayo: — ¡qué de cosas van á inventar, *en, con, por, sin y sobre* este trabajo de Pérez Galdós sus entusiastas, y sobre todo sus *comentaristas*, ó comentadores, como preceptúa la Academia, con la que es necesario estar bien por si el peor día le da á uno el capricho inconcebible de llamar á sus puertas!

De lo que ahora sucede á Pérez Galdós, nadie tiene la culpa; esto ha sucedido siempre. Con las obras del ingenio humano, acontece algo muy parecido á lo que pasa con las revoluciones: los revolucionarios saben, cuando saben mucho, dónde y cómo inician un movimiento, pero ignoran dónde y cuándo terminará; y ocurre á veces, casi siempre cuando de una verdadera revolución se trata, que sus consecuencias van mucho

más lejos, muchísimo más lejos de lo que se figuraban los iniciadores.

El autor de una obra literaria ó artística, sabe lo que él ha querido hacer, conoce lo que se ha propuesto realizar; pero casi nunca adivina lo que ha realizado ó lo que verán realizado en su obra los que la estudien ó la analicen.

Si Cervantes, si Shakespeare, si *los pocos sabios que en el mundo han sido* levantaran la cabeza y se enterasen de lo que sus críticos, sus apasionados, sus *apostilladores* les han hecho decir, truncando tal vez el orden lógico de los párrafos, interpretando torcidamente frases clarísimas, violentando el significado de palabras empleadas por ellos sin segunda intención, volverían á bajarla, asustados de su propia obra.

Claro es que de estas interpretaciones, de esa persecución obstinada de los perspicaces que sienten crecer la yerba y adivinan lo que piensa un autor, aunque el autor no lo haya dicho, no son objeto las obras malas, ni siquiera las que no pasan de buenas, sino las que llegan á excelentes, las mejores entre las mejores, y en este concepto es indudable que Pérez Galdós está de enhorabuena; aunque sus partidarios, con exceso de celo — digno, no ya de mejor causa, pues la causa es muy buena, pero sí de mejor dirección — y pasándose de listos le hayan llamado socialista y hasta comunista; y si no lo llamaron anarquista, fué para no perjudicarlo, que buenas ganas se les pasaban.

¡ Socialista y hasta nihilista D. Benito! ¿ Quieren ustedes dejarme en paz y dejarlo á él tranquilo?

¡ Socialista y comunista el ex diputado sagastino que redactó, no ha muchos años, el mensaje de contestación al discurso de la Corona, y que fué uno de los individuos más disciplinados de aquella mayoría!

No soy amigo íntimo de Perez Galdós; apenas si lo saludo desde lejos, y no sé si habré cruzado con él dos docenas de palabras en mi vida. Leo sus obras, las admiro, digo alguna vez lo que me parecen; cuando estrena algo lo aplaudo y nada más. Estos méritos no me dan derecho, como se comprende perfectamente, para molestarlo pidiéndole una audiencia, y menos aún para exigir de él que conteste á mis preguntas con sinceridad, y que me autorice á publicar sus contestaciones.

Pero prescindiendo de que al autor dramático no conviene (advíértase que digo *no conviene*, no digo que no sea lícito) intervenir en las controversias entabladas con motivo de sus obras, estoy casi seguro, y aun si me apuran quito el casi, de que D. Benito me confesaría que ni él es comunista, ni profesa los principios políticos y económicos del partido socialista obrero, ni pretendió escribir una obra con vistas y tendencias al socialismo.

Se propuso, esto es evidente, escribir una comedia; y se propuso, como es muy natural, escribirla todo lo mejor posible; y también es evidente que realizó esto y nada más que esto.

Entre las figuras que imaginó para su cuadro, hay: una duquesa arruinada y enamoradiza; un joven no mal parecido y de noble corazón y de entendimiento claro y muy enamoradizo también, el cual, aunque es obrero y habla algo de socialismo, tiene tanto de socialista como yo de clérigo; un notario alegrillo de ascos; un burgués avaro y enriquecido; otro burgués hijo del primero y ya muy entradito en años que

parece un sátiro, y una muchacha muy simpática, amiga de ir á bailes, aunque desea ser monja. En todo lo cual declaro lealmente, que no veo el socialismo por ninguna parte.

Víctor y Rosario, ésta representación (no muy genuina) de la aristocracia de abolengo, aquél símbolo (no muy caracterizado) del socialismo, son, es verdad, las dos figuras más simpáticas del hermoso cuadro concebido, y dibujado admirablemente por Pérez Galdós; pero esas dos figuras se captan las simpatías del público por amantes, por desinteresadas, no por aristócrata la una, no por socialista la del otro, que, en puridad, como socialista convencido y comunista consecuente, resulta bastante mal parado.

La de San Quintín es una comedia hermosísima; tiene defectos, ¿qué obra humana no los tiene?; tiene bellezas de primer orden. Pero conste que ni entre estas bellezas ni entre aquellos defectos, deben ser contadas las tendencias socialistas, que ni hay en la obra ni las hubo en la mente de su autor cuando la pensaba ni cuando la escribía.

Y apelo al testimonio de los espectadores que aplaudieron la obra en Madrid, y al de los que ahora la aplauden en provincias, pues comedias como *La de San Quintín* ni envejecen, ni pasan de moda.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

ALLÁ VEREMOS



Con la aparición de LA LIDIA, ataviada de nuevo con las más ricas joyas de los últimos adelantos tipográficos, coincide el principio en nuestro magnífico Circo de las corridas de toros, que tanta animación prestan á la coronada villa. Pronto hemos de ver si se realizan las esperanzas de los aficionados que creen llegada la hora de la regeneración del toreo, ó si, por el contrario, los lidiadores de contrata son los encargados de precipitar la caída del arte que elevaron á mediados del presente siglo, los célebres Francisco Montes, Curro Cúchares y José Redondo.

Grande es la responsabilidad que ha contraído el elemento joven de la torería, compuesto hoy, como su más genuina representación, de los espadas Manuel García, Rafael Guerra y Antonio Reverte. Aptos por su edad, por su valor y por sus grandes deseos, para dejar bien puesto el pabellón de la vergüenza torera, fáltales, sin embargo, en muchos detalles, el exacto conocimiento de su profesión, que no se adquiere de pronto, sino á fuerza de ejercicio práctico y de observaciones teóricas, dadas sus condiciones y antecedentes.

No es prudente anticipar juicio alguno respecto al trabajo de los antedichos lidiadores en la próxima temporada: conocidos son en toda España los méritos que les han elevado al puesto que hoy ocupan; pero bueno será llamarles ahora la atención, para que luego, si hay críticas ó censuras, no se atribuyan á parcialidad acerca de lo que son y deben ser dentro del arte taurino.

Diez años lleva matando toros Manuel García (el Espartero), sin que su pasmosa tranquilidad ante la fiera haya desaparecido ni un solo momento; ha mejorado notablemente el manejo de la muleta con la mano izquierda, especialmente para defensa, y á pesar de tanta práctica, aunque corrigió el defecto primitivo de arquear el brazo, no ha conseguido estoquear con la limpieza necesaria, siendo deficiente en los volapiés legítimos, y casi nulo en la suerte de recibir.

Rafael Guerra, con poco menos tiempo de práctica, y abusando á veces de su prodigiosa fuerza de piernas, burla los toros con facilidad suma, y juega con ellos á voluntad y capricho; quiere hacerlo todo, y lo hace de mejor ó peor modo; pero el *jugeteo* no es el arte, no es

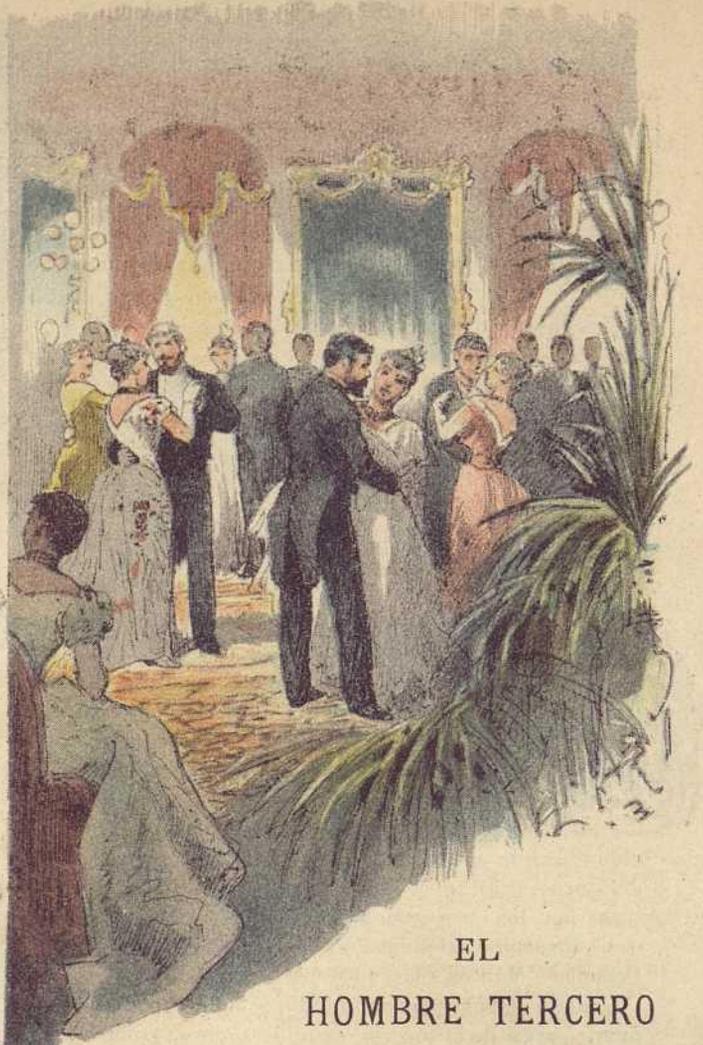
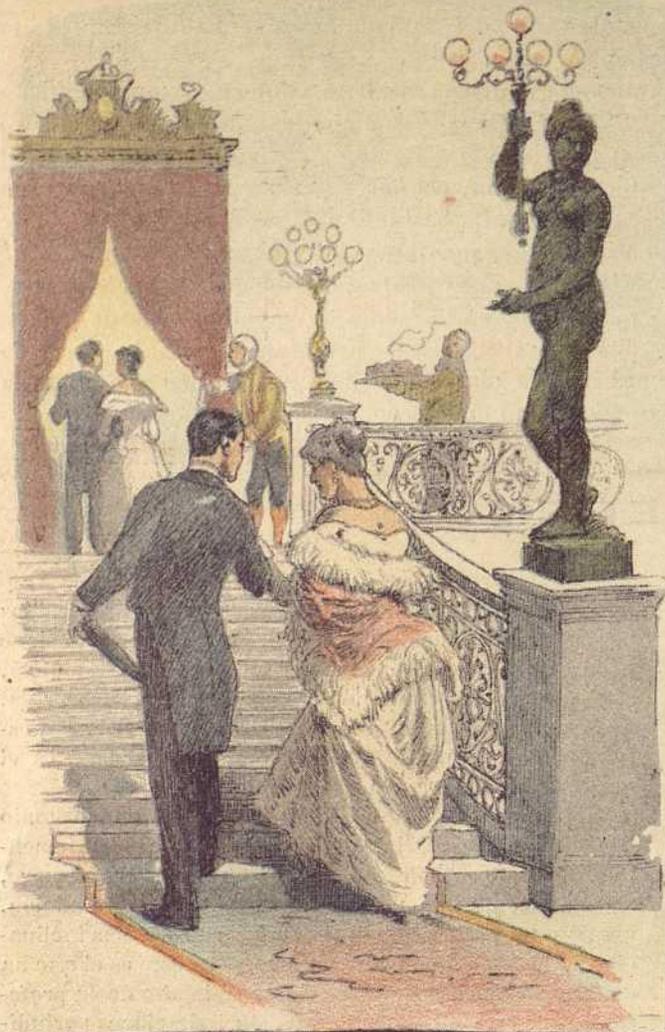
la observancia fiel de los preceptos escritos y practicados por los grandes maestros del toreo; que de nada sirve haber aprendido á manejar con cierta soltura la muleta, si al herir no prescinde del tiro rápido, ó sea la sorpresa. Es lástima que no se fije más en los secretos del arte, estudiándolos detenidamente, porque, hoy por hoy, es el que más puede de todos los contratados.

Al que se le presenta un año de prueba, es á Antonio Reverte Jiménez. Del trabajo que emplee constantemente, pende que consolide ó no, de una vez para siempre, su reputación como matador de toros. Le sobra afición, coraje y tal vez conocimiento de las reses y sus inclinaciones; ha adelantado algo en arte, pero éste es el que ha de mirar fijamente si quiere llegar á lo alto de su profesión. Si se crea un toreo propio, sin imitaciones perjudiciales, atendiendo más á la verdad que al *efectismo* de que nos ha dado ejemplo hasta la saciedad el estilo cordobés; si sigue atendiendo exclusivamente á los ímpetus de su conciencia, Reverte dejará en el toreo un buen nombre, sobre todo en la suerte de matar, en cuanto le sea fácil despegarse los toros al herirlos, vaciándolos con la muleta con la tranquilidad con que los da salida capote al brazo. Aptitud especial tiene para ello; que *baila* poco y puede esperar los toros que se le vengan con facultades, y sería de lamentar que un hombre tan fuerte, tan animoso y tan valiente, cualidades que todos reconocen en él en alto grado, se perdiese para el arte, yendo á parar al gran montón donde han quedado hombres que empezaron bien y han concluido como no hay que decir. De prueba es el año que va á empezar para él, volveremos á repetirlo cien veces; piense en ello, no se engría antes de tiempo, y tenga presente que, con valor como el suyo y con aplicación constante, todo se consigue en el difícil arte á que le ha llamado su afición.

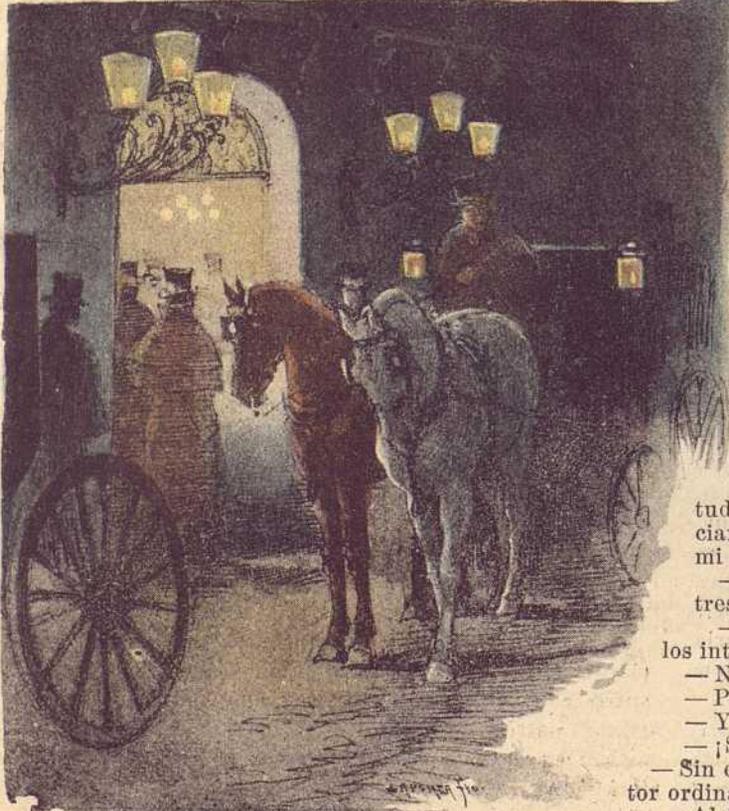
De Antonio Fuentes nada diremos hoy hasta ver los resultados de su ensayo.

¿Cuál de los tres matadores primeramente citados será el que agrade más al público? ¿Cuál será el que tenga que sufrir con paciencia las flaquezas del pueblo soberano? ¿Habrá entre ellos alguno que adelante en su peligroso arte? O ¿creerán todos que saben ya lo bastante para obtener con *justicia* los laureles de la gloria? El tiempo dirá.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.



EL
HOMBRE TERCERO



La indicación que me había hecho Aurora de que no faltase al baile de la Embajada francesa, era altamente significativa y halagüeña para un enamorado como yo. La bella Condesa, no sólo había conocido mi pasión, sino que la alentaba: aquella indicación era casi una cita.

No es de extrañar, por lo tanto, que me apresurara á hacerme invitar; que estuviera desde primera hora aguardando su llegada, y que la diera el brazo para subir las grandiosas escaleras del palacio. Ello, si, debo añadir en honor á su recato, que ninguna esperanza me había hecho concebir; y que una vez en los salones de la Embajada, le faltó tiempo para prescindir de mi y recibir los homenajes de aquella elegante sociedad.

Yo la seguía con la mirada, indiferente á cuanto me rodeaba y sin hablar una sola palabra con las personas conocidas; y tan abstraído me hallaba en mis propios pensamientos, que sólo tuvo virtud para arrancarme de mi éxtasis el haber oido pronunciar su nombre en un corro de muchachos que había á mi lado.

—Si — decía uno; — es Aurora, ó sea la mujer de los tres hombres.

— ¡La mujer de los tres hombres! — observaba otro de los interlocutores. — Y ¿por qué la llamas así?

— No soy yo quien así la llama; es la voz pública.

— Pero algún fundamento tendrá.....

— Y sencillísimo: primer hombre, el marido.

— ¡Si parece que no rige bien el matrimonio!

— Sin embargo, el marido es necesario para la cuenta, factor ordinal imprescindible. Segundo hombre, el amante:

— ¡Ah! ¿Y quien es el afortunado?.....

— ¡Misterio! ¡Misterio!..... Precisamente para que no se sepa quien es el amante, la Condesa Aurora tiene siempre un tercer hombre.

— ¿Y ese tercero?.....

— Sirve para hacer que se pierda la pista del segundo; para que el marido, si llega el caso, tenga con quien tropezar, y por último, para disponer de un esclavo á quien encargar todo género de comisiones. Una especie de criado, sin cartilla ni salario, que la compre flores, la ponga el abrigo, la lleve los guantes, la tome billetes de teatros y la acompañe cuando sea de rigor.

— ¿Pero, dices que el amante actual?.....

— Repito que no sé quién es..... ¿Había de callarlo, si lo supiera?.....

La observación no tenía vuelta de hoja, y todos los jóvenes quedaron convencidos al parecer.

Yo, entre tanto, sentía que mi corazón palpitaba con violencia: aquel amante desconocido no era, no podía ser otro que yo..... ¿Acaso no me lo indicaba claramente la intencionada sonrisa que me dirigía cada vez que pasaba á mi lado, bien en las vertiginosas vueltas del vals, bien paseando por los salones?

Dos ó tres veces había intentado hablarla á solas, y otras tantas se habían interpuesto amigas y amigos de la interesante Aurora. Júzguese de mi sorpresa, en aquella noche memorable, cuando á hora muy avanzada la vi que se dirigía resueltamente á mí, diciéndome:

— Federico..... ¿puedo fiarme en la caballerosidad de usted?

— Oh, Aurora, esa pregunta.....

— Pues bien: mi esposo no quería que viniera hoy al baile; hemos reñido antes de venir, y se ha vengado ocupando el coche y marchándose de casa con él. ¿Quiere usted acompañarme cuando me retire?

— Condesa, eso es convidarme con la gloria; pero no debo ocultar á usted una circunstancia.....

— Sí, que no tiene usted carruaje.

— Exactamente.

— Pero ¿no los hay de alquiler?.....

Momentos después salíamos de la Embajada Aurora y yo. ¡Con qué envidia me contemplaba la doble fila de pollos formada en el amplio pórtico!

Un coche de alquiler se encontraba precisamente junto á la puerta, y llamé á su conductor. Ciertó que el caballo parecía muy malo; pero ¿qué me importaba á mí? Al contrario..... así tardaría más tiempo en llegar al final del barrio de Argüelles en que la Condesa vivía.

Una vez dentro del coche, Aurora se reclinó perezosamente en un ángulo, mientras yo procuraba empequeñecerme en el otro para no molestarla. Indudablemente, su imaginación debía estar muy lejos de aquel lugar, á juzgar por su extraña conducta, ya contestando por monosílabos á mis galansterías, ya limitándose á algunas leves inclinaciones de cabeza.

Mi situación empezaba á ser difícil.

¿Debía hablar mucho? Supondría que me escuchaba. ¿Debía callar? Semejante silencio era poco lisonjero para una mujer hermosa. ¿Debía lanzarle una declaración á boca de jarro? Con su conducta parecía darme derecho á ello; pero ¿y si me engañaba? ¿No sería crear un verdadero conflicto dentro de aquel carruaje de alquiler?

Pero, el tiempo corría; el caballo hacía lo posible por imitar al tiempo; pronto llegaríamos á casa de la Condesa, y la admirable ocasión proporcionada por aquella mujer

hechicera se habría perdido. Entonces hablé..... hablé sin saber lo que decía; y aunque Aurora no me contestaba, sentía su respiración fuerte entre el silencio de la noche y en los ligeros descansos de mi elocuencia. La referí mis anhelos, mis dudas y vacilaciones; las cien veces que había tenido empezada una carta de amor, las mil que durante aquella noche había estado á punto de caer á sus plantas y pedirle que me diera la muerte con una de sus miradas.

Y Aurora seguía silenciosa. Aunque me era imposible verla por la obscuridad, su respiración parecía anhelante..... El efecto, sin duda, de mi elocuencia y de mi pasión.

Esto me animó, y acabé por apoderarme de una de sus blancas manos que me abandonó; me acerqué más aún,



mucho más, á la bella Aurora, y retrocedí estupefacto..... Un sonoro ronquido de la misma me puso al corriente de la verdadera situación. La Condesa dormía con la tranquilidad del justo.

Momentos después, al dejarla en su casa y seguir solo en el coche para la mía, recordaba sin querer la conversación que había oído en la Embajada, y me daba cuenta, á costa de un desengaño y de algunas pesetas, de ser yo el indudablemente el «hombre tercero» de la Condesa Aurora.

Tal es la historia que confidencialmente me ha referido mi amigo Federico X....., y de que yo me he atrevido á dar un extracto, para ejemplo y enseñanza de los que pudieran tropezar en la vida con alguna mujer como la que tanto había brillado en el baile de la Embajada.

M. OSSORIO Y BERNARD.

RECORTES

LA LIDIA, que en su nueva época como en los doce años que cuenta de publicación, no aspira á competencias de ningún género, saluda cariñosamente á todos sus colegas en la prensa periódica.



Imagen de la hermosa Nicolasa que tiene vuelto loco á medio mundo y guarda un cotorrón dentro de casa.

Las pulgas — decía un filósofo — constituyen una nueva prueba de la existencia de Dios.

— ¿Y por qué?

— Porque, seguramente, el hombre no las habría inventado.

El hombre rico es esclavo de su fortuna, y el hombre pobre es esclavo de la fortuna de los demás.

Un diputado de los disidentes ensaya en su gabinete el discurso que piensa lanzar contra el gobierno en la primera ocasión propicia, y su perro le hace el duo gruñendo y ladrando.

— ¡Juan! — dice al criado: — encierra á este animal donde no le oiga yo.

— Está bien, señor — contesta el criado; — pero no se ofenda si le hago observar que es el señor el que ha empezado.

Surcó el piélago profundo
lleno de noble ambición,
y al cabo logró Colón
descubrir un nuevo mundo.

Yo, sin navegar, lo ví,
pues por arte extraordinario
más de un alto funcionario
se lo fué trayendo aquí.

En el prospecto de un vendedor de biberones:
«Cuando el niño haya concluido de mamar, se le destornilla y se le sumerge en agua.»

ARAUJO. — Ha fallecido en esta capital el distinguido pintor de género, D. Joaquín Araujo y Ruano, cuya colaboración en nuestro semanario hubiera sido uno de los mejores títulos de éste para aspirar al favor público. Fué natural de Ciudad Real, y había sido discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Madrid, del ilustre pintor Ignacio Suárez Llanos, en esta capital, y del célebre León Bonnat, en París.

Cultivó el Sr. Araujo el grabado al agua fuerte, con éxito tal, que á su firma estuvieron abiertos siempre los mercados extranjeros, y como dibujante fué colaborador de la ilustración inglesa *The Graphic*, y de la inmensa mayoría de los periódicos españoles.

El entierro del cadáver de D. Joaquín Araujo, fué solenne manifestación de duelo de sus muchos amigos y admiradores; el Ministro de Fomento, retenido por imprescindibles deberes, estuvo representado en la fúnebre ceremonia, y detrás del féretro que guardaba el cuerpo frío de un artista malogrado, seguían á pie casi todos los que en Madrid cultivan las Bellas Artes.

En la última crisis:

El Jefe del Gobierno al portero:—Acude á casa del Sr. Salvador, y que venga á encargarse de la cartera de Hacienda.

El portero en la calle.—¿El Sr. Salvador?..... La verdad es que nunca se me hubiera ocurrido.....

Y se marchó á casa del Sr. Salvador..... *Frascuelo.*



*Provocadora, audaz, joven, bravia,
como suele fingirseta el deseo
de quien en hembras y en amores fia.*

SEGUROS DE VIDA
A UNA MITAD DE LAS TARIFAS ORDINARIAS

PÓLIZA DE DISTRIBUCIÓN DE DEPÓSITOS DESPUÉS DE DIEZ AÑOS

Mutual Reserve Fund Life Association

(LA RESERVA MUTUA DE LOS ESTADOS UNIDOS)

PRESIDENTE: E. B. HARPER

POTTER BUILDING, 38, PARK ROW, NEW YORK

Dirección General para el Continente de Europa:

8, RUE HALÉVY, PARÍS

S. H. TYNG, Director General.—A. N. STOCKDALE, Contralor.

Doctor J. ROCHARD, Médico Director General,

Miembro de la Academia de Medicina.

Dirección General para España:

MADRID.—9, CARRETAS, 9.—MADRID

DIRECTOR: D. EDUARDO SOTO

Bajo la inspección del Departamento de Seguros del Estado de Nueva York.

CONFECCIONES

A. S. BITTINI

ESPECIALIDAD EN ROPAS DE NIÑOS
SOMBREROS PARA SEÑORA Y NIÑOS, CANASTILLAS

ROPA BLANCA

8 — CALLE DE ESPARTEROS — 8
MADRID

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA CHINA

PLAZA DEL ANGEL, 17

Completo surtido en perfumes y objetos de tocador, recomendando por sus excelentes resultados higiénicos, el agua de Colonia, polvos de arroz y veloutina, productos especiales de esta casa.

AGUA DE COLONIA IMPERIAL

PRODUCTO ESPECIAL DE LA PERFUMERÍA INGLESA

S. ROMERO VICENTE

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 3, MADRID

Frascos de 1,50, 2, 3, 5, 10 y 20 pesetas.—Medio litro, 4 pesetas.

NOTA. Para que todo el mundo pueda apreciar las buenas condiciones higiénicas de este producto y las compare con otras, se venderá hasta en cantidades de cincuenta céntimos.

LA URBANA

COMPAÑÍA ANÓNIMA DE SEGUROS

A PRIMA FIJA

CONTRA EL INCENDIO

EL RAYO Y LAS EXPLOSIONES DEL GAS Y DE LOS APARATOS DE VAPOR

FUNDADA EN 1838

ESTABLECIDA EN ESPAÑA DESDE 1848

Domicilio social

CALLE LE PELETIER, 8 Y 10.—PARÍS

Representación general en España

PUERTA DEL SOL, 10 Y PRECIADOS, 1
MADRID

No se desconfíe de la curación, por antiguo que sea el padecimiento, de las enfermedades nerviosas tenidas por incurables, con las Pastillas Antiepilépticas de OCHOA

(farmacéutico) cuyos prodigiosos resultados son la admiración de enfermos que padecían

LA

EPILEPSIA Ó ACCIDENTES NERVIOSOS
vulgo MAL DE CORAZÓN, Alfercía y mal de SAN PAU en Cataluña.

20 y 30 años. Para más detalles se dan prospectos GRATIS, Duque de Alba, 15, MADRID. De venta en las principales farmacias de España, Isla de Cuba, Puerto-Rico, Méjico, Canarias y Filipinas.

ÚNICA CASA EN MADRID QUE EXPENDE
VINOS PUROS DE JEREZ

AL POR MAYOR Y MENOR

BODEGA CASTELLÓN

LOS JEREZANOS

4-CAMPOMANES-4

¡La más alta recompensa concedida en la Exposición Universal de Chicago!

LA COMPAÑÍA FABRIL «SINGER»

HA OBTENIDO 54 PRIMEROS PREMIOS

Siendo el número mayor de premios alcanzados entre todos los expositores,
Y MÁS DEL DOBLE

DE LOS OBTENIDOS POR TODOS LOS DEMÁS FABRICANTES DE MÁQUINAS PARA COSER, REUNIDOS.

CATÁLOGOS ILUSTRADOS
GRATIS

SUCURSAL EN MADRID

CATÁLOGOS ILUSTRADOS
GRATIS

23-CALLE DE CARRETAS-25

DR. GARRIDO

Signen curándose en estas consultas varios padecimientos crónicos y desahuciados, especialmente del estómago, hígado, vientre y anemias, por lo que euan tos están bien informados y lo necesitan vienen á curarse.

A la farmacia Luna, 6, recurren también todas las familias y sociedades que deseando un servicio esmerado, unos medicamentos puros y frescos y específicos legítimos y frescos también (pues de todo despachamos mucho), al par que la mayor economía compatible con todas las bondades referidas, saben que en esta casa lo encuentran.

Medio Madrid informa con hechos.

Teléfono 111. — Luna, 6.

SE RECOMIENDA AL PÚBLICO

PRUEBE LA CERVEZA DE LA FÁBRICA

LA PRINCESA

HIJOS DE PASCUAL

FÁBRICA DESPACHO
PRINCESA, 25 MONTERA, 49

MADRID

TELÉFONO 3.013

FÁBRICA DE LICORES Y VINAGRES

SE REMITE Á PROVINCIAS
ESPECIALIDAD EN ANIS MADRILEÑO Y ESCARCHADO

Todas las botellas llevan la marca de Fábrica en el tapón.

CHOCOLATES SUPERIORES

EXQUISITOS CAFÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

COMPAÑÍA COLONIAL

CALLE MAYOR, 18. Sucursal: MONTERA, 8. — MADRID

CH. LORILLEUX Y C.^A

MADRID, Ovid, 8. — BARCELONA, Casanova, 28 y
PARÍS, rue Suger, 16.

TINTAS PARA IMPRENTA Y LITOGRAFÍA NEGRAS Y DE COLORES

TANTO PARA ILUSTRACIONES COMO PARA OBRAS, PERIÓDICOS
Y CARTELES

Artículos en general para Litografía y especialidad para encuadernaciones. Pastas para rodillos, barnices de todas clases, colores en grano, etc., etc., y todo cuanto pueda convenir, tanto para Tipografía como para Litografía.

FÁBRICA EN BADALONA

ADMINISTRACIÓN Y DEPÓSITO:

CALLE DE CASANOVA, NÚM. 28. — BARCELONA

FÁBRICA EN LISBOA

Agente para Portugal, CARLOS CORREA DA SILVA.

Administración y Depósito: Serpa Pinto, 24-26.

LA PALMA ESPAÑOLA

FÁBRICA DE GORRAS DE

TOMÁS CRESPO

ARANGO, 6. Sucursal: PLAZA MAYOR, 30

DEPÓSITO GENERAL DE APARATOS Y ARTÍCULOS PARA

FOTOGRAFÍA

CARLOS SALYI

DIRECCIÓN Y DESPACHO PARA LA VENTA:

ESPOZ Y MINA, 17 MADRID

ÚNICO REPRESENTANTE Y DEPOSITARIO PARA ESPAÑA DE LAS PLACAS

G. NYS Y PERRON